

Tres sonetos

ÁLVARO ROSAS MONTALVO

Ahuehuate

En el bosque, mi hogar, hace mil años
un hachazo de luz me dio el destino.
Con la furia letal del cielo vino
el infierno y mi tronco sufrió daños.

La agonía duró varios veranos,
mas la muerte se fue de mi camino
cierto invierno, cuando un retoño fino
de mi negra raíz surgió a los llanos.

Así fue como nací de mis cenizas,
dejé las formas de mi cuerpo añejo,
pasé de lo sencillo a lo complejo,

crecí con ramas firmes y sin prisas
y comencé de nuevo, siendo viejo,
a repetir mis glorias primerizas.

Canto de luz

Como intangible gris entre las gotas
se lían mis palabras en tu lecho;
igual que el verde emerge en el barbecho,
el vuelo de mi voz, en las gaviotas.

Sólo recuerdos brillan en las notas,
evocaciones de algo que sospecho.
En cambio, cuando libo de tu pecho,
sucumbe lo ficticio y pronto brotas.

Poesía, eres luz, el paso estrecho
de la razón a imágenes ignotas;
el amor es tu más caro pertrecho.

Luz, preso en tus pupilas soy acecho;
resuelves mis moléculas si flotas
o te hundes mansamente en las bellotas.



Labios de luna

¿Serías la sirena del relato?
Húmeda tú saldrías de mi pluma,
saltando alegremente entre la bruma
de la tinta, como otro garabato.

¡Ya lo sé!, voy a proponerte un trato:
en letras de la página-laguna
tus labios formaría con la luna
y en portada pondría tal retrato.

Decides ir al mar, sueltas mi mano.
Navegas junto a comas con destreza;
salpicas tu placer, signo romano.

Ya estás en el renglón, ninfa traviesa,
eterna diosa, anhelo de lo humano,
beso de amor, en fin... ¡tu historia empieza!

